

ÁNGELES TRAPICISTAS
EL CIELO Y EL INFIERNO EN EL BERLÍN DE WENDERS.

Ensayo Comparativo Entre Las Obras *Das Himmel über Berlin* E *In Weiter Ferne, So Nah!*

EDUARD REINHARDT



ÁNGELES TRAPECISTAS**EL CIELO Y EL INFIERNO EN EL BERLÍN DE WENDERS.**

Ensayo Comparativo Entre Las Obras *Das Himmel über Berlin* E *In Weiter Ferne, So Nah!*

EDUARD REINHARDT

I***Himmel***

Las primeras escenas de *Das Himmel über Berlin* nos contextualizan de inmediato en el entorno de una Alemania ciertamente dividida y gris delante de los ojos de personajes que aún no conocemos, pero que sin embargo, su mirada va desde las alturas, cayendo a veces en un ritmo vertiginoso, en un picado directo a los pensamientos más recónditos de la mente humana; desde un comienzo sobrecoge por la simplicidad de los sentimientos cotidianos que muestra descarnada y espiritualmente justo después de haber abierto escena con palabras cargadas de nostalgia hacia la niñez y una introspección inusual en el cine que lo acercan al discurrir de la conciencia que Joyce plantó tan sabiamente en la literatura.

Las palabras de Handke, "*Als das Kind Kind war...*" nos remontan a un momento de la vida personal y a la vez de la Humanidad, marcado por la candidez y el recuerdo; parece decir "antes de que el hombre fuese hombre e intentara sobrepasar los límites de su fuerza, pensaba y sentía con delicadeza y valoraba lo que realmente valía la pena valorar".

Partiendo de esa premisa, se tiene abierto el campo hacia lo desconocido, no hay ni una partícula de predecible, cada movimiento es nuevo e inusual, extraño, cargado de un magnetismo que se enmarca en una perfecta fotografía que aprovecha al máximo las gamas de grises y el contraste, es una cámara errante que avanza logrando que el espectador olvide la existencia del color; prescindiendo de él como una manera de expresar que lo realmente relevante es la reflexión y el pensamiento contenido en los susurros que pueblan un escenario aparentemente silencioso.

En esta instancia, es patente la ligereza de las escenas; antes siquiera que se presenten los personajes, hay la intuición de que su naturaleza no es cotidiana, y finalmente, ante la presencia de los Ángeles, la tácita solidez con la que se construye su personalidad da cuenta de ello sin más explicaciones, son seres etéreos que se pasean por un mundo impalpable, del cual sólo rescatan el espíritu de las personas y las cosas, capaces de moverse y de actuar sin que nadie lo note, sin que nadie los vea, pero que en determinadas circunstancias, pueden infundir en el corazón humano la esperanza perdida delante de las vicisitudes diarias; de alguna forma son los seres que se mueven con nosotros y capturan lo volátil y lo esencialmente valioso de sentimientos y percepciones que la humanidad lanza al olvido.

La libreta de Cassiel es clara en este aspecto, retoma los pasajes de la vida humana que parecen no importarle a ninguna persona; cosas como *“en este momento un hombre está mirando la puesta de sol”* o *“sobre este lago brilló la última luz del crepúsculo”*; escenas supuestamente banales que, no obstante, le entregan al filme las instancias introspectivas que le dan el mayor valor; de hecho, los monólogos interiores de los personajes son las escenas con mayor riqueza espiritual, en las cuales un verso o un enigma se encargan de trazar espacios inestables que van más allá de lo cinematográfico, adentrándose en la poesía, la filosofía, la metafísica.

Otro de los aspectos más relevantes es sin lugar a dudas, la idea de Wenders en cuanto a contar una historia en la cual la obviedad queda de lado; al parecer no hay una intencionalidad de explicar en su totalidad los acontecimientos que se ven o se oyen; en un mundo poblado por Ángeles que escuchan y recogen todo lo que el hombre siente y piensa nos entrega la seguridad de que existe la posibilidad de que cada imagen y cada relato se conviertan por sí mismos en un filme nuevo e independiente, son cosas que suceden con normalidad y que están allí continuamente aunque los seres humanos normales sean incapaces de verlas o de entenderlas. Lo errático es representativo, se transforma en una característica que le da misterio y consecuencia a los seres angélicos que nos conducen por Berlín, y que al tiempo concede la reflexión que en los seres humanos observados cautiva y enternece, apelando a la emocionalidad del espectador, creando un lazo de empatía sumamente efectivo.

Si bien en todo esto, destaca la cursilería que puede llevar a un Ángel a convertirse en humano por amor hacia una mujer, también queda patente el hecho de que lo verdaderamente relevante es que *cualquier ser desearía ser humano para disfrutar los placeres y las sensaciones efímeras*; lo cual no es sino el reflejo de un

humanismo todavía positivista tratando de cuestionar la fatuidad de la vida social que llenaba el entorno de este Berlín de finales de los '80, e intentando posicionar el pensamiento y el sentimiento humanos por sobre lo material: Recordemos que los Ángeles no viven el mundo material sino el espiritual, que los versos de Handke apelan al recuerdo y al corazón, y que la melancolía de esta fotografía magnífica expresada en grises y contrastes envidiables explora el imperio que la humanidad ha estado olvidando.

II Hölle

En *In Weiter Ferne, So Nah!* La postura parece totalmente contraria.

Desde un inicio, la presentación de las escenas en grises pretenden trasportarnos de vuelta al Berlín de los Ángeles, sin embargo, ciertos movimientos que empalman más con el cine actual de acción comercial que con los planos-secuencias en los cuales los susurros de la ciudad se convertían en la voz del narrador avanzando por un texto lleno de retórica. Encuadres más agresivos y ágiles connotan, si bien, mayores medios técnicos, también un barroquismo que se aleja de la quietud que caracterizaba a *Das Himmel...* Algo entorpece la expresión de la melancolía

De alguna forma parece que Wenders nos entrega una obra a medio terminar o en la cual los engranajes no concuerdan como deberían; pero esta sensación se debe posiblemente a que la intencionalidad del director nos anuncia cada vez con mayor fuerza la desaparición de la magia. El encanto por el cual Damiel se convierte en humano, siguiendo el amor que un ser angélico es incapaz de conocer, es un vínculo que ahora no existe; Cassiel se ve arrastrado al mundo a causa de un accidente, víctima de la desesperación delante de lo que sería terror y dolor. El sentimiento se plantea como el primer paso antes de la transformación humana.

Sin embargo, falta cierta plasticidad, los personajes parecen obligados a hacer las cosas, impulsados por motores no del todo explicables; en *Das Himmel...* el discurrir de la conciencia cumplía la labor de complementar las acciones, aquí el ritmo argumentativo ha tomado un cariz más activo y la sensación de

temporalidad interna se ha modificado. En el largo y doloroso aprendizaje de Cassiel se enmarca en una lucha contra el reloj de su vida dominado por el enigmático Emit Flesti, la mayor parte de su contrariedad se presenta cuando debe enfrentarse directamente con la forma en la que transcurre el tiempo humano ... "un día de esta vida es como para un Ángel voltear la cabeza"... El tiempo lo agobia, así lo dice explícitamente mientras se deja arrastrar inocentemente por una vorágine de sucesos que lo aproximan hacia el fin con una rapidez incontenible.

El ritmo con el que nos introduce Wenders en la acción pasa de la suavidad casi monótona y reflexiva de *Das Himmel*... a un movimiento en el cual acaba haciéndose patente la estructura argumentativa de un filme de acción: es la pérdida del encanto romántico para adentrarse en un terreno plagado de crueldad, un lugar matematizado donde todo puede comprarse con dinero, donde las vidas humanas y aún peor, donde el tiempo humano tiene un precio.

Otto Sander resulta sumamente efectivo, llevando al espectador a saborear una serie de emociones establecidas mediante un certero lazo de empatía, arrastra hacia las sensaciones humanas más cotidianas y luego en su descenso hacia el inframundo de un Berlín en el cual triunfa económicamente la mafia, el narcotráfico, el mercado negro; lo mismo sucede cuando sufre, siendo capaz de contagiar sus tendencias hacia la autodestrucción. Lo otro que queda totalmente claro es el hecho de que este Cassiel no es el mismo ser fuerte, de ideas lúcidas, acciones mesuradas y pensamientos razonables que cuestionaba y analizaba el mundo y los hombres en *Das Himmel*..., sino que se ha visto suplantado por un ser mucho más emocional, infantil y sensitivo, algo tonto o definitivamente inocente hasta el cansancio.

Por otra parte, son varios los personajes que dejan un mal sabor de boca, que parecen no calzar completamente o que, para ser claros y llanos, son estereotipos poco eficaces, destacándose la presencia del político Mijail Gorbachov que pretende arreglar el mundo con un discurso que pasa de cursi, un Lou Reed intentando arrastrar al perdido Cassiel hacia el *buen camino*, como si alguien pudiese transformar el destino de un mendigo acorralado dándole algunos dólares, o Raphaella, cuya inercia llega a ser desesperante. Quien realmente se encuentra robando el filme es Peter Falk, que ve convertida la película en una aventura policíaca de total gusto de *Columbo*.

Entonces Damiel parece cándido o estúpidamente inconsciente ante el dolor y la destrucción que comienzan a apoderarse de Cassiel; su preocupación es extraña, casi chocha, como si estuviese demasiado embobado con la nueva vida

que lleva, o como si de pronto hubiese aprendido el valor protector que tiene el egoísmo; sin ir más lejos, esta circunstancia se presenta también en otros personajes, como en la misma Marion, que si bien le observa con atención, no es capaz de establecer límites ni siquiera sugerencias cuando aprecia el mal cauce que sigue el amigo de su marido, aún cuando sea amable y complaciente y extrañamente cariñosa, como si se dirigiera a un niño pequeño.

Las historias cruzadas no dejan de ser desconcertantes y hasta molestas por su discordancia, por la manera en la que se presentan y por las lagunas que dejan en su expresión y exposición, y por lo complejo que resulta para el espectador unir eficazmente todos los fragmentos y hacerse una idea acabada o al menos cuerda del papel que juegan la multitud de personajes nuevos que inundan la escena.

El caso de Emit Flesti, cuyo nombre es anagrama de Time Itself, es extraño, responde a un ser ambiguo que se supone siendo demonio o algo similar a esto, sufre tal vez más que cualquier otro personaje, lo que sucede con Cassiel aunque él mismo le impulse a ello; y más bien podría argumentarse que se trata del espíritu del tiempo destructivo impuesto por nuestro sistema de vida, que pretende ser racional, pero que a su pesar sólo genera los males que desgranar a esta Era.

Raphaella es otro de los personajes sin capacidades para mover las acciones, sin posibilidades de intervenir en ninguno de los sucesos que se aproximan inexorablemente sobre Cassiel, parece puesta allí nada más que para demostrar la presencia angélica femenina que en *Das Himmel...* había sido relegada a un segundo plano, y de paso, para dejar todavía más en claro la impotencia de los seres que rodean a este Cassiel perdido en el libre albedrío, ni siquiera es útil en lo que tiene que ver con el supuesto demonio, que se halla a una jerarquía similar a la suya – o eso llega a creerse –; aún conociendo el peligro al que se expone, no decide jamás convertirse en humana y dialoga inútilmente con Emit Flesti acerca de lo que debe y no debe hacerse. El Cassiel perdido intenta hablar con ella en medio del dolor y las constantes borracheras; se pierde llamándola, se desespera, se desgarrar y no hay contestación, no hay señales...y así es el mundo, ni la furia, ni el dolor ni la desesperación han atraído a un Ángel a curar a un sufriente. La utopía en torno a esa entrega de la cual hacen gala los seres angélicos en *Das Himmel...* ha desaparecido para explicitar que normalmente ni la vida ni las cosas son así, menos en el mundo de la actualidad dominado por el valioso tiempo que se fuga con demasiada rapidez.

II

Berlin. 1987-1993

La triste transformación de un Ángel en un cordero dispuesto a sacrificarse inútilmente es seguramente la idea más emotiva y a la vez que más llama a la reflexión en el momento de establecer una comparación, y al tiempo, a la hora de hacer cualquier intento de análisis. Cassiel, un personaje absolutamente sólido, que en *Das Himmel...* aparecía íntegramente angélico, capaz de observar los actos humanos con la crítica impassibilidad con que deberían hacerlo seres de esta naturaleza, no es el mismo que encontramos en *In Weiter Ferne...* Producto de las experiencias de Daniel o bien a causa de su propia observación interesada, adquiere la intención de convertirse en humano con todas las consecuencias que ello conlleva, pero extrañamente, su destino no sería jamás tan brillante como el de su antiguo compañero; de cierta manera las palabras de Emit Flesti "*Tienes el nombre Cassiel escrito en la frente con lágrimas*", es un pronóstico que este ser ambiguo, dios del tiempo o demonio directamente, le hace cuando apenas entra en su aventura de ser humano; es la primera de las pistas que lo llevarán a la perdición.

Los motivos por los cuales un personaje de grandes cualidades y capaz de generar en el espectador un profundo interés, se convierte en víctima de su entorno y acaba aceptando un autosacrificio doloroso e innoble, es uno de los fenómenos más extraños y a la vez más interesantes de la literatura y las artes en general, y que además se condice con la naturaleza que desde la independencia de los artistas -por allá en el Romanticismo- ha llevado a los espíritus con rasgos de excentricidad a perecer delante del absorbente sistema. Desde el Lucifer de Milton hasta el Dantés de Dumas; desde los Evangelios hasta los antagonistas de Yadate encabezados magníficamente por Zechs Merquise, todos han seguido el derrotero que lleva a lo extraño y noble de su carácter a morir delante del consumista espíritu del burgués, aceptando con resignación el lema de la Era que reza descaradamente "o te conviertes en un autómatas más o sencillamente debes morir". Así de fácil, no hay más sentimientos a los que Wenders pueda apelar.

El Infierno que debe soportar y, más aún, que acepta con inocencia el Cassiel cándido e infantil no es otra cosa que las presiones excesivas de un entorno que ha llevado al director a moverse en el terreno cenagoso de la crítica hacia la sensibilidad que la humanidad está relegando cada vez a un lugar más lejano y recóndito.

La nostalgia se convierte en dolor, hacer el bien de pronto no sólo es una utopía, sino algo que suena a locura dentro de los estándares sociales, la poesía pierde su lugar delante de la acción, la emoción barroca en lugar del pensamiento; las intenciones ya no bastan, y los intentos por ver el mundo de manera optimista se vuelven infructuosos delante de los requerimientos de la economía y de un sistema en que todo adquiere un valor comercial: Los Ángeles ostentan valores que se han vuelto inútiles; más les vale morir.

Lo que en un principio se presentó como una esperanza en el Hombre con *Das Himmel...* ahora no es sino una decepción de la misma, no por nada los Ángeles han perdido su capacidad de hablar con las personas o de infundirles algo de su espíritu convirtiéndose en meros espectadores, por lo demás inconvenientemente sensibles. Estos Ángeles pasaron de un status celestial a uno en el cual se comportan como el lado B de nuestra sociedad, siendo la emotividad, el razonamiento, el dolor y la desesperación ocultos detrás de las cortinas un exitoso capitalismo que consume las fuerzas espirituales de la Humanidad.